

CULTURAS JUVENILES Y CULTURA ESCOLAR EN SECUNDARIA: ENTRE UNIFORMES, MICROPENALIDAD Y RESISTENCIA

ROCÍO ELIZABETH SALGADO ESCOBAR

Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México

RESUMEN: Las reflexiones que presento son parte de la investigación titulada *Uniformados, pero diferentes. Jóvenes en secundaria y cultura escolar*, realizada en el periodo 2008-2010 en una escuela secundaria, cuyo contexto es el urbano-rural en el sur del Estado de México. Desde una perspectiva sociocultural, interpretativa y etnográfica, el trabajo tuvo como objetivo conocer las formas en que se encuentran y divergen los universos de significación juveniles con la cultura escolar.

Resultado de los hallazgos, en esta ponencia problematizo el cambio significativo en la morfología social de los jóvenes, quienes son portadores de culturas diversas y móviles que constantemente se enfrentan con una escuela insistente en modos de conducta y relaciones propios, convirtiendo a la escuela secundaria en un espacio de *uniformes y micropenalidad*; pero también de resistencia y flexibilidad.

PALABRAS CLAVE: Jóvenes, cultura escolar, disciplina y escuela secundaria.

Introducción

Tan lejos y tan cerca está el mundo de la escuela y el de los jóvenes. Aunque en el discurso educativo uno alude a otro, llama mi atención que según la Encuesta Nacional de Juventud, del 92.9% de la población de 12 a 14 años que asisten a la secundaria en México, sólo el 7.5% de los hombres y el 3.6% de las mujeres completan los estudios en el nivel (IMJUVE, 2005). Si bien se ha pretendido atender la distancia entre juventud y escuela implementando la reforma curricular (2006) y atendiendo recomendaciones de organismos internacionales, además de programas compensatorios; en la cotidianidad escolar, los jóvenes siguen reprimidos e ignorados. Los profesores culpan de la deserción escolar a las relaciones familiares (cuando existen), la migración, pobreza, la televisión e internet; pero pocas veces se detienen a re-conocer y reflexionar cómo las y los jóvenes significan y re-significan dichas relaciones; difícilmente se les escucha y protagoniza dentro de la vida escolar, resulta más sencillo reprimir o ignorar las significaciones juveniles manifiestas en la escuela que complejizar a los y las estudiantes como sujetos vivos,

cambiantes, multidimensionales, con una cultura experiencial (Pérez Gómez, 1998) construida desde su contexto y biografía; sin embargo, creo que no es posible seguir pensando en un estudiante *ideal* (Guzmán y Saucedo, 2007) cuando existen escuelas y jóvenes con realidades situadas y diversas.

En este trabajo expongo algunos escenarios y categorías que me permiten dar cuenta de lo que hace la escuela frente a las significaciones juveniles en el marco de una cultura institucional basada en normas, rituales y prácticas que reproduce en sí misma (Pérez Gómez, 1998) y a través de los cuales *uniforma*, desconociendo o relegando el bagaje social y cultural de los jóvenes, quedando en el margen de los procesos de construcción de las plataformas de interpretación y significación juveniles.

Las preguntas orientadoras han sido cómo se constituyen las culturas juveniles en el contexto de una comunidad urbano-rural y cómo sus significados son manifiestos en la escuela, con el objetivo de identificar las formas en que éstos son reconocidos, ignorados o reprimidos en la cultura escolar; cuestionamientos y objetivo planteados como parte de la investigación *Uniformados, pero diferentes. Jóvenes en secundaria y cultura escolar*, realizada en el periodo 2008-2010.

Enfoque teórico

La investigación se fundamentó en una perspectiva sociocultural, interpretativa y etnográfica, pretendiendo reconocer a los jóvenes en secundaria más allá de la homogeneidad que denotan los uniformes escolares, conocerlos desde su diversidad y construcciones identitarias a través de sus vivencias y de lo que sienten y piensan mientras están en la escuela.

He recurrido al *paradigma cultural* que plantea Alain Touraine (2005) en el cual propone reconocer a los sujetos en términos de sí mismo y la colectividad ante los nuevos escenarios y conflictos de la sociedad actual. Desde el paradigma cultural veo una posibilidad de análisis para acceder al ámbito de las dimensiones simbólicas, de significado y subjetividad, a través de la cultura; considerando a ésta como el horizonte que dota de sentido a los actos sociales.

Más allá de seguir mirando dos frentes entre lo juvenil y lo escolar, me parece necesario problematizar los grandes cambios en la estructura social y de las nuevas redes comuni-

cacionales, los cuales han transformado las instancias de producción y difusión de significados y los procesos de construcción de subjetividades juveniles, las cuales han puesto en crisis la oferta tradicional de la escuela (Pérez Gómez, 1998).

En este sentido, hablar de juventud, de jóvenes, de lo juvenil (Reguillo, 1999) alude a un concepto relacional, históricamente construido, situacional, cambiante, que se produce en lo cotidiano, pero también imaginado, se construye en relaciones de poder y es transitorio. Recuperando a Rossana Reguillo, con la categoría de culturas juveniles refiero a las experiencias sociales de los jóvenes expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en tiempos y espacios no “institucionales”. Experiencias y expresiones, que son *trans-portadas* a la escuela, muchas veces, debajo del uniforme, en sus morrales, en sus pláticas secretas o en sus miradas retadoras; así la escuela se convierte en un cruce de culturas (Pérez Gómez, 1998) en el que se provocan tensiones, aperturas, restricciones y contrastes en la construcción de significados de los sujetos que confluyen en ésta.

Procedimiento

La estrategia metodológica se basó en la observación participante y la entrevista en profundidad. El trabajo de campo inició con el vagabundeo, luego con la interacción y conversaciones con los jóvenes, en el patio escolar durante los recesos, considerándolos como ese espacio y tiempo en el que los y las jóvenes se sienten más libres de hacer y ser en la escuela.

El trabajo etnográfico permitió *estar allí* (Geertz, 1997) y como apunta Beatriz Calvo (1997) las relaciones entre sujetos, las prácticas y los procesos construidos históricamente se convirtieron en el eje teórico de la etnografía. Por medio de las entrevistas, la mayoría de veces colectivas y con los jóvenes de segundo grado, platicamos sobre su historia de vida, aspectos relacionados con el contexto familiar, su comunidad, sus gustos, amistades, diversiones, en fin, la manera en que viven la juventud dentro y fuera de la escuela.

Un contexto urbano-rural y juventudes híbridas

El trabajo lo desarrollé en una escuela secundaria ubicada en el municipio urbano-rural de Tejupilco, al sur del Estado de México, en una colonia marginal, conformada sobre todo

por familias campesinas migrantes de los pueblos y rancherías aledañas, con población adulta flotante por su constante paso hacia Estados Unidos, Toluca y México; mientras que los que se quedan, niños y jóvenes, sufren la insatisfacción de necesidades y servicios básicos (Aguado, 1994), así como una carencia afectiva y tecnológica; en donde viven la condición de diferentes, desiguales y desconectados (García Canclini, 2004).

Desde una perspectiva sociocultural, en Tejupilco confluyen lo simbólico y lo geográfico, lo rural y lo urbano, lo moderno y lo ancestral, en donde los jóvenes desarrollan una cultura híbrida, volviéndose, como apunta García Canclini, sujetos interculturales y construyendo su identidad entre flujos producidos por la cultura local y las tecnologías, intercambios financieros globalizados, las migraciones y repertorios de imágenes e información creados y distribuidos por todo el planeta por las industrias culturales.

Algunos jóvenes siguen identificándose con rasgos de la cultura local como el vestido y la música, es común observar en los varones el uso de huaraches y camisas satinadas, pero con pantalones *entubados*; escuchan, cantan y bailan música de la región y también música electrónica; por otro lado hay jóvenes que se han apropiado y re-significado expresiones y modas urbanas globalizadas como los graffitis, las sudaderas *heavy*, las playeras *dark* y los pantalones *cholos*. Modas que les presenta la televisión, socializan entre ellos, y a las que se conectan desde el ciber, porque son pocos los que tiene computadora. Los y las jóvenes, construyen y manifiestan sus significaciones a través de las modas en el vestir, la música y la tecnología, expresiones que son llevadas a la escuela en *forma clandestina* o en los convivios. Así la escuela ha ido quedando en el margen del encuentro de los jóvenes con la macro-cultura, la tecnología, su uso y consumo.

De los *uniformes y micropenalidad* a la resistencia y flexibilidad

Las expresiones de las culturas juveniles en la escuela y la constante revisión teórica me permitieron llegar a la construcción de categorías que dan cuenta de cómo la diversidad de historias y el contexto de los y las jóvenes hacen que éstos signifiquen al espacio y tiempo escolar como una experiencia de lucha y posibilidad; en este apartado enfatizo las dinámicas y tácticas con las que los jóvenes resisten y flexibilizan las insistentes prácticas de *normalización* de la escuela, manifiestas simbólicamente en el uniforme y la micropenalidad bajo la que viven constantemente los estudiantes.

a) vestir el uniforme, de la prenda al sentido

Declarándose contra la homogeneidad escolar, los jóvenes encuentran formas para expresar cómo son, qué les gusta, cómo ven el mundo y qué les hace diferentes por medio de manifestaciones simbólicas y dramatizando su identidad (Reguillo, 2000). Tenemos así que los jóvenes crean su propia presencia ante los demás incorporando elementos culturales a los que tienen acceso, tales como las modas en el vestido, calzado o peinados, difundidas a través de la televisión o internet; las cuales llegan a la escuela sobre, debajo o a pesar del uniforme, del control de las acciones, los tiempos y espacios, como señala Carlos Feixa (1998) las culturas juveniles se constituyen en los intersticios de la vida institucional.

Problematizo el uniforme como una política escolar que lejos de resolver las diferencias socioculturales, unificar las condiciones de vida y experiencias de juventud, se ha transformado históricamente en una tecnología de poder sobre el cuerpo (Dussel, 2001) y la subjetividad. Aunque para muchas escuelas es símbolo de diferencia, identidad y disciplina; para los estudiantes resulta una prenda que simbólicamente los masifica, les quita nombre y *su personalidad*; como expresa Regina, estudiante de segundo año, quien dice *con el uniforme no eres tú, no tiene tu nombre, te ves igual a todos, sin personalidad y eso aburre, siempre igual*.

En la expresión anterior percibo la importancia que tiene para los jóvenes hacer notar su identidad, frente al anonimato que les da el uniforme; el cual es uno de los rituales más arraigados en la escuela, ya que enmarca, categoriza y regula la vida escolar (McLaren, 1995). En la escuela es común la indicación del director: *El día lunes en los honores a la bandera todos con uniforme*; sin embargo, a pesar de la vigilancia y la sanción normalizadora, como observó Foucault (1976), la mayoría de los y las estudiantes siempre encuentran formas diversas de modificarlo a través de tácticas (De Certau, 2000) de los jóvenes que no son atrapadas por la institución; por ejemplo, incorporando playeras negras debajo de la camisa blanca del uniforme, tatuajes debajo de la camisa, cinturones con cadenas y *púas*. Aunque portar el uniforme es una exigencia y condición de la escuela, los jóvenes han encontrado la manera de incorporar elementos para sentirse bien, que los identifican y diferencian.

Sobre el uniforme, se nota cómo los y las jóvenes encuentran rasgos que les dan presencia frente a la mirada vigilante y adultocéntrica de la *normalidad*. La escuela en la lógica

de formar, crear hábitos y buenas conductas entabla una lucha contra esas formas diversas de significar lo juvenil en la escuela a través de peinados y modificaciones al uniforme como aretes en la ceja o la lengua, pulseras, morrales hasta el tobillo y collares, que utilizan los jóvenes para configurar o reconfigurar su apariencia y que dentro de la institución son reprobadas y prohibidas por lo que deben esquivar o enfrentar a los directivos. Así fue el caso de un lunes, durante la ceremonia, Juan y su amigo Granados narran:

Juan: En la mañana en los honores el director que empieza a decir: tú, tú se salen de la fila y se van a peinar bien, como gente decente.

Granados: Sí, que los dejan afuera de los salones hasta que se peinaron.

Juan: Los profes los estaban peinando, el profe Reyes estaba en el baño peinándolos, los chavos ahí que se dejan, yo no.

Chava: En los honores el director dijo que no podía permitir que vinieran con esos peinados, que si los dejaba luego todos iban a venir igual, que eso no se veía bien, que aquí vienen a la escuela, no es para que vengan con los pelos parados, que si no les daba pena peinares como vagos de la calle y luego acabando la ceremonia que se va a los salones a revisar.

Juan: Entraron al salón y que dicen: tú, tú y tú ¡Órale sálganse a peinar o si no se van! Que le digo *nel*, yo no me voy a despeinar profe, mejor me voy, y que nos vamos.

Granados: Y al otro día que regresamos, volvimos a venir igual y ya nadie nos dijo nada. Ya ni caso hicieron.

En este enfrentamiento se ve cómo los y las estudiantes hacen valer su presencia y reclaman la propiedad de su imagen, abriendo brecha en la reconstrucción de la cultura escolar entre nuevas tácticas de flexibilidad y resistencia.

Empero, mientras los jóvenes se niegan a ser uniformados por y en la escuela, sin darse cuenta están siendo atrapados en un proceso de uniformidad a través de la cultura global a la que han accedido por medio de las industrias culturales, frente a las cuales, los jóvenes significan y re-significan desde su cultura local y experiencial formas de vida, de relación entre pares, modas en el vestir, hablar o peinarse; así como en el consumo de productos, marcas y tecnología, procesos que la escuela prefiere ignorar o reprimir.

b) entre la *micropenalidad* y las escondidas.

En las conversaciones con los y las estudiantes, es común escuchar una y otra vez que *en la escuela no se puede hacer nada*. Aunque la secundaria es una institución, que desde lo discursivo, gira en torno a ellos y ellas, los jóvenes la sigue viviendo como un espacio de socialización basado, sobre todo, en el control y la disciplina, en donde poco se escucha sus voces, inquietudes y necesidades; como expresa Juan y sus amigos de segundo grado, *en la escuela a veces, se pueden hacer algunas cosas y otras no, bueno sí se pueden hacer pero a escondidas*.

La escuela entonces se significa como búsqueda de territorios para ser y hacer. Así, en la ocasión en la que Juan y sus amigos, a escondidas introdujeron bebida alcohólica, evidenciando que los jóvenes tienen acciones en la escuela que muchas veces escapan de la vigilancia de los profesores; volviéndola un espacio de complicidad entre ellos, quienes configuran modos, momentos y espacios de *relajo* de la vida escolar y fuera de la institución.

La mayoría de veces en expresiones como *no, a la juventud ya no le interesa la escuela o les dice y les dice uno, pero no entienden esos muchachos*, como escuché decir varias veces a la trabajadora social; los jóvenes son reprendidos en esos ensayos y formas de explorar y conocer *cosas que la escuela no enseña*. Y para hacerlo aprovechan, por ejemplo, cuando los sacan de clase, como sucedió con Jasive, estudiante de segundo año a quien en una ocasión encontré en el patio escolar después del receso:

Jasive: A mí me sacó la profa porque estábamos leyendo una lectura bien fea, fea, atrás traía un historieta, yo me puse a leerla y venía un burro y yo dije en voz alta ¡¡Burro!! Y ahí en el salón hay uno que le dicen así y que me dice la profa ¡Vete, vete de mi clase!!, no voy a estar soportando tus cosas, vete a la biblioteca y te pones a leer un libro. Pero no voy a hacer nada, pero qué bueno que me sacó, porque estaba bien aburrida y fea su lectura. Mejor voy a sacar uno que tienen por ahí en la biblioteca de letras góticas, para aprender a hacerlas.

Situaciones como las anteriores me permitieron recuperar la condición de micropenalidad de Foucault (1976), la cual, puede ser de la forma de ser, la palabra y el cuerpo. En el caso de Jasive dicha micropenalidad la ejerce la profesora, quien sin preguntar, por qué interrumpe, simplemente reacciona expulsándola del salón de clase como si fuese una regla que los estudiantes siempre deben estar atentos y rígidos frente a las actividades

del docente. Me pregunto, hasta dónde estamos dispuestos a reconocer a los estudiantes en sus propios intereses y disposición para construir una escuela de aprendizajes significativos y convivencia.

Para cerrar

Aunque tradicionalmente y con insistencia la escuela ha ejercido la *micropenalidad*; castigando, con humillaciones y suspensiones la desobediencia, la insolencia y las actitudes incorrectas de los jóvenes, también van quedando manifiestas las nuevas formas de relación entre la cultura juvenil y la cultura escolar; las cuales no son unidireccionales; sino formas de interacción en donde los y las jóvenes hacen cada vez mayor su resistencia con actitudes y expresiones contra las prácticas escolares homogeneizadoras; resignificando la experiencia y la cultura escolar en el contexto de las nuevas relaciones interculturales y morfología de la juventud, procesos que siguen convocándonos a la reflexión y el análisis.

Fuentes consultadas

- Calvo, Beatriz (2009). Elementos centrales de la investigación cualitativa desde una perspectiva histórico cotidiana. Segunda parte. Diapositivas: CIESAS.
- De Certeau, Michel (2000). La invención de lo cotidiano. México: UIA.
- Dussel, Inés (2001). Uniformes escolares y la disciplina de las apariencias. Hacia una historia de la regulación de los cuerpos en los sistemas educativos modernos. En Historia cultural y educación, Thomas S. Popkewitz, Barry M. Franklin y Miguel Pereyra, compiladores. Barcelona-México: Pomares.
- Feixa, Carlos (1998). El reloj de arena. Culturas juveniles en México. Causa Joven es, No. 4. México: SEP.
- Foucault, Michel (1976). Vigilar y castigar. México: Siglo XXI.
- García Canclini, Néstor (2004). Diferentes, desiguales y desconectados. Barcelona: Gedisa.
- Geertz, Clifford (1997). La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa.
- Instituto Mexicano de la Juventud (2005). Encuesta Nacional de Juventud. México: IMJUVE
- Mc Laren, Peter (1995). La escuela como un performance ritual, México: Siglo XXI.
- Pérez Gómez, Ángel (1998). La cultura escolar en la sociedad neoliberal. Madrid: Morata.
- Reguillo, Rossana (2003). Emergencia de culturas juveniles, México: Grupo Editorial Norma.

Guzmán Carlota y Claudia Saucedo (2006). La voz de los estudiantes. México: UNAM-Ediciones Pomares.

Touraine, Alain (2005). Un nuevo paradigma. Paidós, Barcelona.